

CAPÍTULO IV.

Las mujeres en las carreras profesionales.

Una consideracion importante nos detiene al principio de esta cuestion.

En América y en muchos estados de la Union, los maridos no permiten á sus consortes que vayan al mercado á comprar las provisiones caseras, sino que ellos las suplen en este cargo. La singularidad de semejante hecho nos descubre un nuevo punto de vista. Es á todas luces notorio que en esa usurpacion no hay desden ni celos; no es mas que una afectuosa solicitud. El sistema de exclusion que priva á las mujeres de entrar en las carreras profesionales, puede provenir, por lo tanto, de un sentimiento muy distinto del despotismo y la ambicion. Detengámonos algunos momentos en su exámen.

Todos los que en su mente idealizan la imágen de la mujer, sobre todo los poetas, la trasportan fuera del contacto de la vida material. Las palabras amante, vírgen, ángel, mujer jóven y hermosa, representan á un ser que apenas toca la tierra con la punta de sus alas: ni sus piés andan, ni sus manos trabajan; y esta inaccion de la cual se forma una ley, es á la vez un homenaje tributado á la delicadeza de su corazon, y un piadoso cuidado por la debilidad de su cuerpo. Solo los pueblos salvajes, ó nuestros labradores mas pobres, condenan á las mujeres á las faenas del campo.

Para las clases civilizadas, el título mismo de esposa, aun que grave, representa en su significacion mas elevada una criatura puesta al abrigo de todos los azares de la vida exterior, y santamente cobijada por la sombra del hogar doméstico. Esto sentado, pedir que las mujeres puedan entrar en las carreras profesionales, es arrancarles sus alas de ángel, aventurarlas en las inmundas calles de la ciudad, hacer descender á la vírgen de su pedestal, exponerla á todas las miradas, imponer á la mujer las fatigas de la vida, mezclar á la esposa en los rudos debates de la realidad, y arrebatár así á las unas sus gracias, á las otras su pureza, y á todas ese ideal encanto de pudor, del cual parece que Dios ha hecho la cualidad distintiva y el ornamento de la mujer. ¿La presencia de las mujeres en toda clase de mostradores no es sumamente peligrosa para ellas? Entré gentes que venden y gentes que compran, la misma persona corre riesgo de convertirse en objeto de comercio, ó mas bien el comercio sirve de pretexto. Si una muchacha solicita entrar en una tienda, es para ser vista; si un jóven entra en ella es para ver. Los mismos comerciantes suelen explotar ese doble deseo; alquilan por elevado precio á una jóven hermosa, á fin de colocarla en su mostrador, cual en un teatro, haciéndola vestir elegantemente para que su cara sirva de muestra y atractivo. ¡Y qué son, con semejante vida, el honor, la delicadeza y todas las cualidades femeninas!

Estas graves y sólidas objeciones se desvanecen con una sola palabra: la mujer vive en la tierra. La opulencia puede

permitirla alguna vez esta ociosidad poética; y la juventud ó la belleza convertirla en gracia; con todo, la opulencia, la belleza y la juventud son patrimonio de unas pocas ó de muy cortos años, y las tres cuartas partes de la vida de la mujer reclaman como un beneficio, ó sufren como una necesidad, la soberana ley del trabajo. Muchísimas veces el mismo carácter de madre de familia es lo que les impone un oficio; es fuerza trabajar para mantener á los hijos ó para ayudar al marido. El deseo de llegar á este título de esposa es lo que les hace elegir una carrera; es menester ganar una dote para llegar á ser consorte y madre. Finalmente, para las que nunca serán casadas ó que ya han dejado de serlo, es la necesidad de vivir ó la necesidad de pensar.

Esa doble necesidad decide la cuestion y nos indica claramente los derechos de las mujeres relativamente á las profesiones industriales y á las profesiones liberales. ¿En qué consisten?

En poder ejercerlas como los hombres, en proporcion á sus facultades.

En ser retribuidas como los hombres, á medida de su trabajo.

Pues bien, comparemos su suerte con la de los varones, y decida la equidad.

Preséntanse ante todo las clases obreras; las muchachas y las mujeres del pueblo.

Hay tres grandes manufacturas que comprenden todos los trabajos comunes ejecutados por el sexo débil: la fa-

bricacion de algodón, la de la seda, y la de la lana.

La primera solo ofrece dos operaciones peligrosas, la del batan y el apresto de las telas (1). El batan levanta una espesa nube de polvo irritante que produce esa terrible enfermedad pulmonar, que el idioma enérgico de los talleres ha nombrado tisis algodónera, y casi todos los batidores son mujeres. El apresto de las telas requiere tal temperatura, que no hay un solo obrero que pueda soportar este trabajo pasada la edad de 25 á 30 años, y casi todos los aprestadores son mujeres (2).

La industria lanera únicamente ofrece peligros reales en la operacion de cardar la lana, que corre tambien á cargo del sexo débil.

En la fabricacion de la seda hay dos preparaciones mortíferas: devanar los capullos y cardar el filodiz, cuya operacion practican solamente las mujeres. Sentadas unas todo el dia, durante la canícula, cerca de un barreño de agua hirviente, están sujetas á fiebres pútridas y á vómitos de sangre, porque debiendo mojar continuamente sus dedos en aquella agua para sacar los capullos, aspiran las emanaciones infectas de las crisálidas corrompidas. Otras llegan de su país frescas y vigorosas, tan llenas de salud como de fuerza, y pasados algunos meses son presa de la tisis tuberculosa, por manera que de cada ocho valetudinarias, hay seis que padecen enfermedades de pecho.

(1) *Cuadro del estado físico y moral de los obreros*, por M. Villermé, del Instituto. t. I, p. 12, t. II, p. 208.

(2) *Id.* *Id.* *Id.* t. II, p. 217.

Añádase á esto que entre todas esas mortales ocupaciones, no hay una sola que dé para vivir á la trabajadora. Las obreras de algodón ganan de 16 á 18 sueldos cada día; las de lana de 20 á 25 y las de seda de 15 á 20. Es verdad que son crueles las penalidades del obrero, que en pocos meses agota años de fuerza; pero á lo menos tiene pan. Un trabajador de seda gana 2 ó 3 francos diarios; la trabajadora únicamente 18 sueldos, siendo de advertir, que ni aun es segura esa mezquina paga, porque el año de trabajo no tiene mas que trescientos días, con lo cual se quita una quinta parte á esos mismos 18 sueldos; por otro lado, sufren tambien reducción, con motivo de estar sujetas las manufacturas á reformas parciales y á economías particulares, que siempre recaen sobre los obreros menos retribuidos, y por consiguiente sobre las mujeres. De esta suerte, disminúyese por todos lados su miserable salario; y cuenta que aun no hemos tomado en consideracion las enfermedades, tan frecuentes en esos seres débiles, ni el tiempo de su preñez, ni las fatigas de lactancia, así como tampoco hemos descuidado á enumerar todas las desgarradoras penalidades de las industrias aisladas. Por do quiera la ganancia de las mujeres de esta clase no alcanza á satisfacer la necesidad de apagar el hambre, y en todas partes disminuye cotidianamente. Los economistas de todas las escuelas sientan este dato verdaderamente terrible, á saber: que una mujer sola, sin contar la compra de muebles ni vestidos, no puede vivir en una ciudad por menos de 248 francos anuales. Ahora bien, en su primera juventud, su ganancia asciende

generalmente á 172 francos, en la fuerza de la edad á 250, y en su decadencia á 126 (1). Todavía mas: para el obrero, la palabra miseria equivale á decir hambre; para la obrera, hambre y deshonra. Muertas de necesidad y arrebatadas por la desesperacion, fijan sus ojos en ese cuerpo que no pueden sostener con el trabajo, y recuerdan que son hermosas: si no hermosas, á lo menos mujeres. No quedándoles mas que su sexo, lo convierten en instrumento de lucro. En Reims, en Lila y en Sedan, muchas jóvenes despues de terminado su ingrato trabajo, empiezan lo que ellas llaman su quinto cuarto de jornal, valiéndonos de su propia y horrible expresion (2).

Parent-Duchatelet opina de sobre 3,000 muchachas perdidas, 35 solamente estaban en situacion de ser mantenidas; que 1,400 habian sido impulsadas á esa horrorosa vida por la miseria, y que una de ellas al resolverse á emprenderla, hacia mas de tres días que no habia comido.

Semejantes hechos y tales guarismos hablan muy alto. La Francia no puede ver, sin profunda inquietud, esta desigualdad fatal entre la obrera y el obrero, que es la ruina de la salud y moralidad públicas, y hasta de la misma raza. No se nos oculta la dificultad del remedio ni menos el riesgo que con él se corre; así es que nos guardaremos bien de buscarlo en las insensatas ilusiones de ciertas sectas; pero el moralista no tiene derecho á apartar sus ojos

(1) *Del pauperismo de la ciudad de Paris*, por M. Vée.—*Estudios sobre la administracion de la ciudad de Paris*, por M. Say.—Villermé, Tarbé, *Salario y Trabajo*.

(2) *Villermé, t. 1, Estadística de la ciudad de Reims*.

de un mal moral únicamente porque desconoce su curación. Tiene el imperioso deber de decir y repetir sin cesar: mirad esta llaga; hasta que la conciencia de todos, único juez en tan graves cuestiones, se conmueva á la vista de esos dolores, y procure ardientemente, si no destruirlos, atenuarlos al menos, no dejando al vicio ni al sufrimiento mas que la parte fatal que no es posible arrancar.

Reclamamos igualmente, en nombre de la humanidad y la justicia, contra la concurrencia masculina en los trabajos puramente femeninos. Hay ciertas profesiones que la naturaleza y la ley prohíben á las mujeres. ¿Por qué la ley y la naturaleza no establecen tambien contra los hombres semejantes interdicciones? Es menester que los seres que no pueden ser soldados, ni herreros, ni carpinteros, ni arquitectos, ni gente de fatiga, no vean invadir los pocos oficios que les quedan. ¿Qué hacen en los almacenes de sedas y modas todos esos jóvenes que emplean sus vigorosos brazos en doblar telas ó en desplegar cintas! ¡Atrás, señores, atrás! que no solamente no ocupais vuestro lugar, sino que usurpais el de otros. Ese sitio lo han conquistado verdaderamente las mujeres francesas, llegando á constituir su patrimonio; ni las italianas, ni las alemanas, ni las inglesas, han sabido llegar en el comercio á este puesto honroso y útil; únicamente las mujeres francesas, artistas y sobremañera vivas, han disputado paso á paso este dominio, y para estar mas seguras de poder desempeñar en él un papel, se lo han creado. Sí; su genio inventivo ha dotado al comercio nacional de la mas elegante de sus glorias. Si el gus-

to francés reina aun entre nuestros enemigos, si nuestros fabricantes de adornos encuentran en todas partes discípulos y en ninguna rivales, ¿á quién se debe? A las mujeres. Los celos de otros pueblos pueden levantar fábricas que compitan con las nuestras, pueden sustraernos nuestros inventos mecánicos, trasplantar en su suelo nuestros productos naturales; pero hay una cosa que jamás nos arrebatarán, una cosa peculiar de la Francia: el gusto. La América, la Alemania, la España, la Inglaterra deben venir á París á prestar homenaje á esta soberanía. Al nacer un príncipe en el Brasil, y al casarse una rica heredera en los Estados-Unidos, se pide á la Francia el ajuar y la canastilla: el mundo entero es nuestro tributario. Y este tributo ¿quién lo ha impuesto al mundo? Las mujeres. París las encierra á millares, oscuras ó célebres, ricas ó pobres, que dotadas de esta inesplicable y admirable cualidad, metamorfosean bajo sus dedos de hadas el oro, la seda y las flores, atrayendo cada año muchísimos millones á nuestras ciudades. Mas de cuatro, árbitras de la moda hoy y verdaderamente artistas, por su gracia é invención, empezaron su carrera en una parada ó en una bohardilla. Algunas han ganado así de moneda en moneda su dote, su ajuar de solteras y hasta su velo nupcial. Obligadas quizás á abandonar á sus padres á la edad de 16 años, precisadas á trabajar fuera de su casa, hanse mantenido puras, en medio de mil ocasiones peligrosas, y han ofrecido despues al hombre que eligieran un corazón que supieron defender y un caudal que tuvieron la habilidad de atesorar. Ved ahí el modelo de las hijas del pueblo y de los menestrales.

Si despues de las mujeres mercaderas examinamos las muchachas pobres de la clase media ó de la nobleza, la preocupacion se nos presenta bajo otra forma todavía mas opresora. Sin dote ni medios para adquirirla, apartadas de los trabajos manuales por sus hábitos, y excluidas de las profesiones liberales por las leyes, esas tristes víctimas están condenadas al fastidio. Aunque realmente el sufrimiento y la fatigasean males verdaderos, no cabe, con todo, subversion contra ellos, porque son una de las condiciones de la existencia; pero el tedio, esa muerte en el seno de la vida, ese vacío que se siente, ese mal negativo, por decirlo así, es lo que exaspera el alma y la deprava. Pues bien: en las provincias abundan muchas jóvenes pobres condenadas á este suplicio, por una ociosidad forzosa. Si sus padres viven, su juventud se consume ante esa sempiterna aguja que pasa y vuelve á pasar incesantemente por la misma tela, siempre lisa y siempre blanca; imágen de su suerte. Desde la ventana en que se dedican á sus labores, ven á la hija del pueblo que por la mañana va á trabajar ó á hacer algo; á vivir; y ellas, inútiles á sí y á los demás, clavadas en su silla, por razon de lo que se llama su posicion, llevan consigo la mortificacion y el celibato, sin poder hacer cosa alguna para rehuirlo. Han de vivir solas y desesperadas para morir desesperadas y solas. Si quedan huérfanas, se las ve arrastrando sus dias de hospitalidad en hospitalidad, ó sea, de desden en desden: muchas veces, alguna parienta de igual edad, que se duele de su abandono, les abre su casa, y quiere que la huérfana llame su hermana. Estas lisonjeras mentiras ocultan co-

sas incompatibles que no tardan en producir desacuerdo. Se da habitacion por un dia, pero no se comparte. La amistad es creada para los grandes sacrificios, para los ardientes arrebatos; los beneficios habituales la extinguen. Por otra parte, como en la posicion del que siempre recibe y nunca da, y en la aceptacion de la opulencia de otro, compartida sin trabajo, hay cierta falta de dignidad, tarde ó temprano semejante situacion hiere el alma de la bienhechora, y viéndose la jóven al poco tiempo desterrada de la casa que se le decia ser suya, no tiene mas recurso que refugiarse á la miserable condicion de señorita acompañante. ¡Señorita acompañante! Es la criada en el salon. Es verdad que las funciones de institutora, de la manera con que suele tratarlas el insensato orgullo de los padres, no están exentas de disgustos; pero á lo menos, la institutora no carece de derechos reales, puesto que tiene graves deberes que llenar: es maestra cuando enseña, y por otro lado, su oficio lleva en sí un valor y una utilidad que la enaltecen á sus propios ojos. ¿Y cuál es el empleo de una señorita acompañante? Entretener. ¿A quién? Al fastidio, á la frivolidad, y algunas veces al vicio. No obstante, por una extrañeza muy característica, que prueba cuán profundamente ha penetrado en las costumbres de las mujeres el desprecio al trabajo y los medios de vivir, una jóven de esta clase prefiere á las funciones de institutora la ínfima condicion de señorita acompañante. Este oficio la reduce, en razon de la misma ociosidad á que dá lugar: cree perder menos, no haciendo nada. ¡Ah! trabajo, trabajo es lo que importa para reanimar

esos corazones, para purificar y llenar todas esas existencias! Dios puso muy duras pruebas en esta tierra; mas al crear el trabajo, todo quedó compensado. El enjuga las mas amargas lágrimas y consuela eficazmente, prometiéndole siempre menos de lo que da: es un placer sin igual y el alma de los otros placeres. Cuando todo os abandona, la alegría, el talento y el amor, él siempre está perenne; y los profundos goces que os procura, tienen la vivacidad de los arrebatos de la pasión, con todas las fruiciones de la conciencia. ¿Y se limita todo aquí? No: porque á estas prerogativas del trabajo debemos añadir otra mucho mas grande todavía; á saber, que es cual el sol, que Dios ha creado para todo el mundo. Hé aquí el bien que se arrebató á las mujeres: se acusa su imaginación y no se les da otro pasto que el de sus ilusiones: se tiembla por su impresionabilidad y se excitan todas sus fibras... ¡Oh! disputadles sus derechos de sucesión, disputadles hasta sus derechos maternales: pero en nombre de Dios que las ha creado, dejadlas su trabajo! Las ricas, las pobres, las nobles, las plebeyas, todas os lo piden como la misma vida! ¿Qué le queda á la mujer, pasada la edad de las pasiones y de los placeres? Nada: nada mas que una miserable lucha con sus arrugas. Es menester un alimento para esas almas; de otra suerte se roen á sí mismas. Lo que se llama instrucción, no les basta: la instrucción como estudio sin objeto, y ciencia sin práctica, ensancha el círculo de las necesidades de la mujer, sin ofrecerle nada que las satisfaga: exciteis su sed y la negais la bebida, que vivir no es aprender, sino aplicar!

¿Por qué entre la inmensa variedad de empleos administrativos y burocráticos no les pertenecen algunos? ¿Por qué no se les confía la inspección de las prisiones de mujeres y de las fábricas en que estas trabajan? A haber ejercido estos oficios 20 años atrás, contáramos otros tantos en que el cotidiano trabajo de los niños se habría reducido á una medida filantrópica, y no se hubiera deshonrado la Francia con el escandaloso espectáculo de trabajadores de ambos sexos reunidos en comun, y lo que es mas todavía, hacinados desordenadamente en un mismo dormitorio como gitanos. ¿Por qué ciertas especialidades del arte médico no pueden ser accesibles á las mujeres? No hay duda que la cirugía operatoria, ciencia positiva y material, exige un valor práctico, un pulso y una fuerza de insensibilidad, que naturalmente excluye á las mujeres; sin embargo, la medicina las reclama en nombre de todo lo que tiene de conjetural y variable. Como ciencia teórica, descansa en la observación, y nadie puede disputar á las mujeres sus eminentes cualidades observadoras. Como ciencia práctica, se apoya en el conocimiento de los individuos, y nadie conoce tan bien como la mujer las particularidades de cada cual. Un médico ilustre ha dicho que no habia enfermedades, sino enfermos; y esta sola frase confiere á las mujeres el grado de doctor. Si realmente, segun lo demuestra la experiencia, un mismo mal exige en dos enfermos distintas recetas, y si el remedio que curaria al uno matara al otro, si una de las ciencias del médico debe ser el conocimiento del temperamento de su enfermo, de su edad y de su carácter, las muje-

res con su maravilloso sentimiento de individualidad emplearían en el tratamiento de las enfermedades tanta delicadeza y penetración, y un arte tal de dirigir los ánimos, que nunca nos será dado alcanzar. Las enfermedades nerviosas, sobre todo, esos males impalpables que la civilización multiplica mas y mas cada día, encontrarían en el genio femenino el único adversario que puede detenerlas y combatirlas. Las mujeres las curarían, porque las conocen: la ciencia de la curación muchas veces no es mas que la ciencia del dolor. Finalmente, la medicina, al contrario de la cirugía, puede sacar de la sensibilidad del corazón mil recursos inesperados. El corazón hace la mirada perspicaz, activa la fuerza de invención, crea eficaces consuelos y hasta convierte la palabra en remedio. Sabido es que el poder del médico con frecuencia se limita á consolar ó á engañar. Llamad, pues, á las mujeres á la cabecera del paciente, siquiera no sea mas que para simbolizar la esperanza.

¿Qué se opondrá á tantas ventajas? ¿que las mujeres no pueden elevarse á la altura de los estudios médicos? No sabemos ver que ese estudio, completamente de observación, segun hemos indicado, sea superior á la inteligencia femenina. ¿Que los trabajos anatómicos comprometerían su salud? Todas las profesiones manuales permitidas á las mujeres son mas duras y mas homicidas. ¿Que el tener siempre á la vista males físicos repugna á su delicadeza? Entonces preguntaremos tambien: ¿á qué sexo pertenecen las hermanas de la caridad? ¿Que no ejercerían autoridad sobre el enfermo? Precisamente la debilidad de los enfermos crea la

autoridad de los médicos. Así pues, ora sea una mano viril, ora una mano femenina la que tome el pulso, el enfermo siempre temblará como si estuviese ante su juez. ¿Se dirá, en fin, que se ofendería el pudor interviniendo las mujeres en todos los pormenores de los sufrimientos materiales? Cabalmente el mismo pudor exige que se llame á las mujeres como médicos, no respecto á los hombres, sino por lo que toca á las mujeres, porque es un eterno ultraje á su pureza el que por su ignorancia sea preciso dejar al examen de los hombres el misterio de las dolencias de sus hermanas.

Por último, se han devuelto legítimamente á las mujeres dos estados.

La carrera de las letras y la carrera de la enseñanza.

En cuanto á la primera, hase realizado el progreso; y la parte ridícula, inherente al título de autora, se desvanecerá ante el mérito de las que lo sean. Sin embargo, para vencer lo que esta preocupacion pudiera tener de justa, las mujeres deben circunscribir el empleo de su talento á severos límites, y ocupar sobre todo el lugar vacío que dejan los hombres.

Hay una série de obras destinadas á dirigir la conciencia pública: obras de moral y educación que, únicamente siendo escritas por mujeres, pueden tener una forma persuasiva y sensible que las haga penetrar en las costumbres. En nuestra literatura faltan los Fenelones, porque las mujeres están excluidas de ella. ¿Quién puede profundizar y describir mejor que la esposa y la madre los deliciosos

misterios de la infancia, y traducir los encantos de la vida de familia en apotegmas, himnos poéticos y obras de imaginación; y quién mejor que ellas puede diseñar todos los deberes, todas las dificultades y los goces todos de la educación maternal? Pueden ser los poetas y los moralistas del hogar doméstico, así como ahora son sus ángeles. La admirable obra de madama Necker de Saussure, grave cual la palabra de un hombre honrado, y encantadora como la conversación de una mujer honesta, realiza todas estas esperanzas (1). Las mujeres deben tener siempre á la vista ese modelo, porque el ejercicio de las letras las amenaza de un peligro peor que el ridículo, de un mal mas profundo que el pedantismo. El artista, en la mejor acepción de este nombre, ha aparecido en el mundo, por espacio de largo tiempo, como un ser entusiasta, desinteresado é irreflexivo, pródigo, pueril de vez en cuando, pero de una puerilidad sublime. Un severo exámen hace desaparecer cruelmente esas ilusiones. El artista es tan grande cuando crea, como miserable cuando no hace mas que vivir.

Dos pasiones corruptoras le rodean é invaden, si no se defiende de ellas con desesperada energía; la codicia y la vanidad. Allá en otros tiempos, el escritor era venal, porque estaba hambriento: en el dia lo es tambien con harta

(1) No olvidemos tampoco el hermoso libro de Mma. de Remusat sobre la educación; los escritos de Mma. Guizot, todo lo que ha salido de la pluma de Mma. Belloc y de Mlle. de Montgolfier; ni echemos tampoco en olvido á la mujer que ha sabido ser á la vez poetisa y madre de familia, madama Tastú.

frecuencia, porque está poseido de inmoderados deseos, y la vanidad roe poco á poco en el corazón todos los sentimientos desinteresados. Un ilustre poeta inglés, al ver llegar á su casa á uno de sus discípulos, traspasado de dolor le pregunta: ¿Qué teneis?—Acabo de perder á mi madre. —Aprovechad el momento en que es vehemente vuestro dolor para describirlo: haced versos sobre vuestra madre. Terribles son esas palabras, mas entrañan una verdad profunda. Si quereis juzgar al artista á fondo, estudiad su vejez: no teniendo entonces á su alrededor la brillantez del talento, ni el prestigio de la fama para servirle de aureola, su corazón se ve desnudo, y lo que en él se descubre inspira una compasión profunda. Inclinado siempre á este mundo que le abandona, para escuchar si oye todavía el eco de su nombre, contando con amargura los triunfos ajenos, ora abatido por el sentimiento de su impotencia, ora henchido de un ridículo orgullo por obras fracasadas que en otro tiempo le hubieran avergonzado, llevado de la vanidad á la envidia, y de la envidia al odio, acusando eternamente la ingratitud humana, él que solo ha trabajado para sí, lucha con desesperación en medio de aquel silencio y oscuridad que cada dia va en aumento. En vano los mas dulces lazos del corazón, una mujer y un hijo, ofrecen á su abandono el refugio de los sentimientos de familia: él ha inmolado las afecciones al culto de la inteligencia, y Dios le castiga haciéndole incapaz de amar. El mismo estudio de su arte, los libros y las obras maestras que tiene en torno suyo, ni le consuelan ni le entusias-

man; porque su amor á las letras no fué aficion á ellas, sino un medio de ser útil á los demás; era el instrumento de su vanidad. El artista generalmente admira poco, como no sean sus propias obras.

Esa descripción, que dista mucho de ser una sátira, debe inspirarnos algunos temores por las mujeres que escriben. Cuando habrán emprendido ese fatal camino ¿podrán librarse del precipicio en que están á punto de caer las mas enérgicas y mas advertidas? Exaltándose su imaginación tan fácilmente, á pesar de sobresalir en ellas la excelencia del corazón, ¿no es temible que yendo en busca de esa incierta gloria, pierdan las mas eminentes dotes de su naturaleza? El peligro es inminente: para preservarse de él no hay mas que un medio; no mirar nunca el arte como la vida misma, sino como una cosa accidental y un adorno de ella; hablar cuando tengan algo que expresar, callarse cuando lo hayan manifestado; sacrificarlo todo, hasta su fama, á sus obligaciones de hijas, esposas y madres; decirse sin cesar que el corazón es superior á la inteligencia, y la abnegación á la gloria; que saber no es nada, brillar no es nada tampoco, y que la misión de la mujer se resume en una sola palabra: ¡amar! A ese precio, y solo á ese precio, las mujeres podrán ser literatas sin dejar de ser mujeres, y el mundo no tendrá derecho á censurarles una ocupación que engrandecerá el dominio de la inteligencia pública sin menoscabo de sus deberes privados.

Falta la enseñanza. Esta profesión pertenece á las mujeres tanto por derecho de vocación como por derecho de conquista.

Nuestras abuelas no sabían leer: la ignorancia era una distinción mas entre las mujeres nobles, y una necesidad para las pobres. A pesar de esto, una jóven en Italia, y una viuda en Francia, concibieron casi á un mismo tiempo el proyecto de educar niñas é institutoras de niñas (1). Esto era nada menos que una revolución, y lo extraño es que los que la hicieron la comprendían: es menester, decían, renovar por medio de la juventud, este mundo corrompido; las jóvenes reformarán sus familias, sus familias reformarán sus provincias, y las provincias reformarán el mundo. Si nueva era esta institución en su objeto, nueva era también en sus reglas. Ni se estableció un rigor excesivo, ni días enteros consagrados á la oración y á prolongados éxtasis. Una de sus patronas fué Marta la Trabajadora (2). La señorita de Sainte-Beuve (3), primera fundadora de las monjas de Santa Ursula en Francia, compró una casa en el arrabal Saint-Jacques, en la que instaló hermanas con 200 externas, y despues ella habitó en otra casa contigua á su querido convento, con el cual tenía comunicación por medio de una puerta que daba al jardín, y una ventana, desde la que podía mirar toda aquella tierna parentela, salida, segun decía ella, no de sus entrañas, sino de su corazón. Si recibía visitas distinguidas, con motivo de haber brillado durante su juventud en la corte, experimentaba el mas vivo placer llevándolas á aquella ventana, para mostrarles á sus queridas

(1) *Crónica de las Ursulinas*, t. I, c. I.

(2) *Id.* *id.*

(3) Véase su vida.

hijas trabajando. La eleccion de maestras no dependia de la nobleza ni de la posicion; antes bien, en igualdad de mérito, la señorita de Sainte-Beuve preferia nombrar institutoras á las de mas modesta cuna y escasos recursos. Su carácter correspondia á sus actos: estaba alegre y no lo ocultaba. Tenia apego á la vida y lo manifestaba sin reparo. Solo los miserables y los desesperados, decia, pueden tener horror á este don divino. Despues de su fallecimiento, sus religiosas conservaron durante un año la tierna costumbre que parece una emanacion de ella misma, de poner su cubierto en el refectorio, sirviendo la porcion acostumbrada en el puesto que ella ocupaba, para distribuirla en seguida á los pobres. Finalmente, cuando se hizo su retrato, sus hijas quisieron que fuese representada delante de la ventana con los ojos fijos en el jardin, lleno de panales, y que se escribiese debajo de él las palabras *madre de abejas*, que lo expresan todo: *madre de abeja, fundadora de trabajadoras*. ¿No es cierto que el contraste de una vida tan apacible y sensata, con las fogosas y dolorosas vocaciones de las santas Teresas, anuncia una regeneracion benéfica, y que aquella existencia se impregna, en su dulzura, de la calma y serenidad del trabajo, ese nuevo dios entronizado entre las mujeres? La fundacion de las Ursulinas no tardó, en efecto, á tomar un inmenso desarrollo, lo propio que todos los demás establecimientos en que descansa el porvenir. Las abejas fructificaron muy pronto. La señorita de Sainte-Beuve habia fundado la primera casa en 1594; y en 1668 contaba ya la Francia trescientas diez, todas prosperando con

mil interesantes particularidades de vocaciones irresistibles, de luchas crueles y de triunfos.

En Clermont (1) tres criadas pobres, que al parecer debian atender á todos los cuidados de su pobreza, sintiéronse inclinadas á educar jóvenes. No habia mas que un obstáculo para satisfacer su deseo, y era que no sabian leer ni escribir; esto no obstante, persistieron en su propósito; aprendieron los primeros rudimentos con dos niños de doce años que iban á la escuela, y al cabo de doce meses, sus economías reunidas sufragaban los gastos de la primera fundacion de las Ursulinas en Clermont. En Dijon, fué fundadora la hija de un consejero del parlamento, Francisca de Saintonge, acerca de la cual se llenaria un libro con el relato de sus dolores. Su padre no la otorgó su consentimiento, hasta despues de haberse asegurado, por una consulta de cuatro doctores, que no era obra del demonio instruir mujeres (2); mas muy luego, al ver que toda la ciudad se sublevó contra ella, y que los niños la perseguian por la calle á gritos y pedradas, la retiró su beneplácito. Entonces, contando Francisca únicamente con cuarenta libras que constituian toda su riqueza, alquiló una casa, á la cual se retiró en una noche de Navidad con cinco jóvenes que se le unieron. Al llegar á aquel sitio les dijo: aquí fundaremos la primera casa de las Ursulinas en Dijon; mas como para pagar el alquiler de un año he gastado cuanto poseia, será menester que pasemos esta noche oran-

(1) *Crónica de las Ursulinas*, t. I.—Fundacion de Clermont.

(2) *Crónica de las Ursulinas*.—Fundacion de Dijon.

do, porque no tenemos cama (1). Realmente no habia allí fuego, ni pan, ni lecho. Con todo, permanecieron constantes hasta el dia siguiente, ayunando y tiritando de frio; pero fueron fundadoras. Compadecido de ellas Mr. de Saintonge, les mandó las sobras de su mesa, y su primera comida fué una comida de mendigos. A los doce años, la ciudad de Dijon alborozada, celebraba una fiesta: echábanse las campanas á vuelo y las calles estaban cubiertas de flores: salian procesionalmente de una casa de modestísima apariencia cien jóvenes vestidas de blanco con un cirio en la mano, precedidas de un ángel conductor, que era una doncella de su edad, lujosamente vestida, llevando una capa sembrada de perlas y diamantes, y á la cabeza de este cortejo veíanse en traje de ceremonia á todos los consejeros del parlamento, con sus ugieres delante para despejar el paso. ¿Qué era aquella casita? ¿Por qué estaba tan ricamente vestida aquella jóven? ¿Por qué asistían á la procesion aquellos magistrados? La pequeña vivienda era el primer asilo de Francisca de Saintonge, las cien jóvenes eran las educandas, aquella procesion se dirigia hácia un magnífico establecimiento comprado por las Ursulinas de Dijon, y la jóven espléndidamente vestida, cuya pedrería, segun refiere un cronista, llegaba á deslumbrar, era el símbolo de estas palabras del Evangelio: «Los que enseñaren, brillarán cual las estrellas.»

Ved ahí lo que las mujeres hicieron para las mujeres.

(1) *Crónica de las Ursulinas.—Fundacion de Dijon.*

Ved ahí como se inauguró en Francia la educacion femenina: es verdad que fué educacion de simple catecismo y enseñanza de letanías, pero se habia creado el principio, habíase echado la semilla, y el mundo veia aparecer ante sí, esos dos hechos tan nuevos, las mujeres educandas y profesoras. De ahí todo el porvenir de entonces, que casi es el presente de hoy. Se pregunta: ¿qué será de las jóvenes pobres? Que enseñen y se hagan, no institutoras privadas, porque esto siempre es parecido á una servidumbre, sino profesoras. París solamente encierra mas de tres mil profesoras de música. No hay una sola ciudad de provincia, por pequeña que sea, que no mande á buscar una ó dos mujeres dedicadas á la música, asegurándoles mil ventajas. Las mujeres enseñan el inglés, el italiano, el francés y hasta la historia. Yo conozco á un antiguo magistrado que se mantiene ahora, de lo que en otro tiempo fué para él una carga pesada; de tres hijas: las tres parten por la mañana, para no volver hasta la noche, despues de haber trabajado durante diez horas, y los frutos de sus ocupaciones mantienen al padre y son el principio de su dote. No se me oculta que las preocupaciones atribuyen á esta noble profesion una especie de inferioridad, y que una justa prevision descubre en ella ocasiones peligrosas para la delicadeza femenina; pero tanto esas preocupaciones como esos legítimos temores desaparecerán ante la misma práctica de esta vida laboriosa, y las mujeres purificadas por el viril goce del pan ganado, obtendrán justamente el derecho de enseñar y serán dignas de ello. La universidad está ya ven-

cida: la grave y masculina universidad que todavía exclu-
ye á las mujeres de sus cursos y no se cura de abrirles co-
legios, ha instituido para ellas un certámen y les distribuye
diplomas y grados. Cada año, en el mes de agosto, reú-
nense tres inspectores de la universidad, dos sacerdotes ca-
tólicos, un ministro protestante, el gran rabino, y tres se-
ñoras inspectoras, y ante dos jueces se presentan ciento cua-
renta ó ciento cincuenta jóvenes ó viudas, sujetándose á
sufrir pruebas complexas y difíciles, para adquirir el dere-
cho de instruir á las jóvenes del pueblo. La necesidad de
establecer un cuerpo de enseñanza entre las mujeres, y la
de realzarlas por medio de la instruccion recibida y tras-
misible, se manifiesta bajo mil formas interesantes. La hija
de uno de nuestros mas grandes poetas modernos sufrió los
exámenes en la Sorbona, por el simple gusto de ser exa-
minada: la hija de uno de nuestros primeros funcionarios
de París, mujer de elevada categoría, y de esclarecido ta-
lento, iba á sentarse guardando el incógnito, en los bancos
de la escuela. En invierno, por riguroso que fuese el frio,
llegaba á pié cada mañana, á las cinco, á la plaza del Gra-
no, en que se daba el curso, y confundida allí con la mul-
titud de las pobres mujeres que buscan en la enseñanza pri-
maria un medio de subsistencia, aprendia el oficio de pro-
fesor. ¿Y por qué? Para tener el derecho no solo de estable-
cer, sino de dirigir ella misma una escuela comunal en el
pueblo cercano á su quinta. Como no queria obtener nada
debido al favor, ocultó su nombre, que la hubiera dado
fácil acceso en todas partes, y sufrió las consecuencias de

su aparente pobreza, con objeto de ejercer y hacerse digna
de las funciones de profesora popular. París cuenta cerca de
ochenta escuelas gratuitas vigiladas por cuatro inspectoras,
que emplean doscientas maestras, y educan cada año quin-
ce mil jóvenes pobres. Tanto las institutoras como las edu-
candas, rivalizan en ardor: las escuelas primarias de ni-
ñas, segun asegura un inspector, tienen la instruccion
mucho mas sólida que las escuelas primarias de niños. Méz-
clanse con estos, ó mujeres de cuarenta á cincuenta años, que
tienen para sí que nunca es tarde para aprender, y así lo
prueban saliendo airoas de su empeño. En una de las es-
cuelas de noche del arrabal de Saint-Martin ví un cuadro
que hubiera inspirado á Creuze: una niña de doce años, sen-
tada en medio de dos mujeres, la una de edad madura, y
la otra vieja y con canas, que enseñaba á leer á las dos, sir-
viéndolas de monitora; y ¿quiénes diriais que eran esas
mujeres? Su madre y su abuela.

Valor, pues, valor, vosotros todos, y vosotras, que de-
plorais la larga sujecion femenina. Ha empezado la obra
del progreso, que no se detendrá jamás. Las escuelas pri-
marias auguran las escuelas profesionales; las escuelas
profesionales preparan los ateneos, los ateneos llamarán las
escuelas normales, las escuelas normales necesitarán una
universidad femenina, y al punto se presentará ante noso-
tros la perspectiva de muchos millones de niñas educadas
en toda la Francia por mas de un millon de mujeres, en-
contrando en esta educacion, las unas una preparacion á
su papel de madres, las otras un medio de trabajo, estas